



Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”
(1586 – 1652)

Cartas escritas a su amigo Mario Schipano durante los 12 años (1614 a 1626) de su viaje por Próximo Oriente e India.

TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
4ª Carta desde Ferhabad, a primeros de mayo de 1618
y desde Cazvín, el 25 de julio del mismo año.

II.22.31 – “Preguntas del Rey Abbás I al Señor Pietro della Valle”

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 29-05-2026
Número de páginas: 11
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



Descripción

Resumen:

Traducción al español de la correspondencia que el noble romano Pietro della Valle mantuvo con su amigo el doctor Mario Schipano, narrándole el periplo que durante doce años -desde 1614 a 1626- realizó por Oriente: Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Persia e India.

Palabras Clave

PIETRO DELLA VALLE, Viaggi di Pietro della Valle Il pellegrino, Viajes a Oriente, correspondencia de Pietro della Valle, siglo XVII primera mitad, antropología, Turquía, Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Babilonia, Persia, India.

Personajes

Pietro della Valle, Ma'ani Gioerida, Mario Schipano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** libros impresos.
- **Procedencia:** volúmenes digitalizados por <http://books.google.com> de la Biblioteca del Observatorio de Marina de San Fernando.
- **Sección / Legajo:** Ref. de la Biblioteca del OMSF: vol. 1, tomo I: n.º 04818; vol. 2, tomo II: n.º 04819; vol. 3, tomo II bis.: n.º 04820; vol. 4, tomo III: n.º: 04821
- **Tipo y estado:** Correspondencia recogida en los IV tomos del “Viaggi di Pietro della Valle, il Pellegrino” durante los años 1614 a 1626.
- **Época y zona geográfica:** Principios del siglo XVII. Mediterráneo, Próximo y Lejano Oriente.
- **Localización y fecha:** Roma, Nápoles, Venecia, Turquía, Egipto, Tierra Santa, Persia, India (Correspondencia escrita por DELLA VALLE y enviada a Mario Schipano durante los años 1614 a 1626).
- **Autor de la Fuente:** Pietro della Valle (Roma, 1586 - Roma, 1652).
- **Edición y traducción al castellano:** Esmeralda de Luis y Martínez para www.archivodelafrontera.com

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE

“El peregrino”

- Tomo II -

CARTA VIGÉSIMO SEGUNDA – 1ª parte

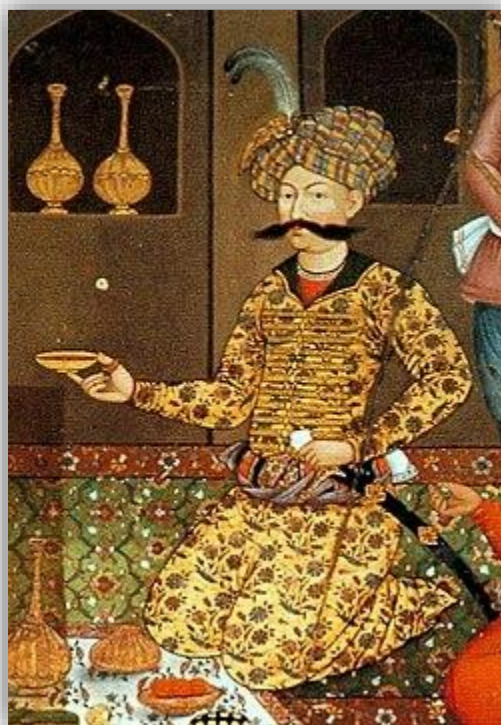
FERHABAD Y CAZVÍN - PERSIA

Desde Ferhabad, a primeros de mayo de 1618, y
desde Cazvín, a 25 de julio de 1618



II.22.31

“Preguntas del Rey Abbás I a Pietro della Valle”



**TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
4ª carta escrita desde Ferhabad y Cazvín.**

II.22.31 – “Preguntas del Rey Abbás I a Pietro della Valle”

Curiosidad del Rey por conocer los motivos del Señor della Valle para venir a su Corte.

Y la carta continúa así: “... Después de que el Rey me invitara a sentarme a su lado, me preguntó en lengua turca, la que usaba cuando hablaba conmigo, que cómo había venido yo hasta estas tierras. Le respondí que su gran reputación y todo cuanto había oído acerca de sus buenos y generosos actos son los que me habían llamado poderosamente la atención, y que como Gran Rey que era, merecía que todos los gentilhombres del mundo vinieran a rendirle homenaje y a ofrecerle sus servicios. También quiso informarse del camino que yo había seguido para llegar aquí, y con objeto de satisfacer su curiosidad le relaté muy sucintamente todo mi viaje. Después, me preguntó si Roma, a la que él llama, igual que hacen los turcos, no sé muy bien por qué, *Chizilalmà*, es decir, “manzana roja”, era mi auténtica patria. Yo le contesté que sí. Luego siguió interesándose por muchas otras cosas relativas al Papa; primero, y como cumplido, se interesó por su salud; quiso saber qué edad tenía; cómo se procedía a su elección; quiénes eran los Cardenales y cómo se había creado esa institución; así como numerosas cuestiones relativas a ese Estado. Yo le respondí concisamente lo mejor que pude.

Amabilidad del Rey para con sus súbditos.

Cuando terminé de hablar, el Rey tradujo al persa, como es usual, todo lo que yo había dicho a cuantos le rodeaban, y les preguntó: “¿Habéis entendido lo que él ha dicho?” “Ha dicho tal y tal cosa”, explicándoles también todo el contexto, y sirviéndome así de trujimán ante los demás, mientras hablaba alternativamente conmigo, con *Delli*, y con ellos.

Su impaciencia.

Una de las veces en las que yo le estaba contando algo en lengua turca, él no me comprendió, porque el turco que yo uso es el turco-osmanlí, como lo llaman en Persia, o el de *Constantinopla*; una variante que tiene unas expresiones bastante diferentes a las del turco que usan aquí, más próximo al que hablan tártaros y escitas. Así que el Rey, al no comprender bien lo que yo le decía, me preguntó si me había traído un trujimán para que él pudiera apreciar mejor mis pensamientos. Le contesté que tenía uno, y al mismo tiempo le llamé, porque no se hallaba muy lejos, posiblemente a la puerta del *Diván-Chané*. Pero el Rey, que jamás espera, y siempre va acompañado de una extrema impaciencia, también le llamó por su nombre, Jacob; varias veces y a voces, urgiéndole a que se diera prisa.

Cuando el trujimán estuvo con nosotros, el Rey quiso saber de él, sobre todo de dónde era, de qué país. Cuando éste le respondió que era *armenio*, del país de *Alingia*, el Rey le dijo que entonces era un *franco*, porque en esta

El Rey es muy inteligente.

provincia, cercana a *Narchiván*, hay muchos burgos y ciudades de cristianos armenios, a los que llaman *francos*, como a nosotros, debido a que se han declarado católicos desde hace unos cuantos cientos de años, y porque ofician sus ritos siguiendo a la Iglesia Latina, aunque lo hacen en Lengua Armenia, bajo la tutela de los Padres Dominicos, que tienen varios conventos en esas tierras. El trujimán le replicó que él no era *franco*, sino *armenio*; ante lo que el Rey le preguntó que de qué burgo era, y una vez que le aclaró el nombre de su pueblo, el Rey afirmó que, en efecto, tenía razón, que los de allí todos eran armenios, y que no había ningún franco. Esta conversación os puede dar una idea de que el Rey conoce hasta los menores detalles de cuanto acontece en su Reino, y ello a pesar de su enorme extensión.

El Rey también le preguntó a mi trujimán que en qué país había aprendido nuestra lengua, y si había recorrido nuestras tierras, y él le contestó que no; que había sido instruido en Isfahán, en donde estaba al servicio de los Padres Francos, y en particular, del Padre Giovanni; pues así llaman a ese fraile, simplemente por ese nombre, ya que en toda Persia es bien conocido el Padre Fray Giovanni Taddeo di Sant'Eliseo, Vicario General de los Carmelitas Descalzos. Mi trujimán añadió que había estado a su servicio durante bastante tiempo, sobre todo en el viaje a *Moscovia*; cuando Su Majestad lo envió a esas tierras para tratar algunos asuntos particulares, que él recordaba bastante bien.

El Rey se informa por medio del trujimán de todo lo concerniente al Señor della Valle.

El Rey aún le preguntó a mi trujimán si yo era un fraile; porque creo que jamás había visto en su Corte a nadie de Roma que no fuese fraile, o religioso; pues, aunque yo estuviese casado, eso no era impedimento para serlo, ya que en Levante todos los religiosos, que llamamos seglares, es decir los que no son sacerdotes, tienen esposa legítima. El trujimán le contestó que yo no era un fraile, y que en mi país los frailes no se casaban. Asimismo, le contó que yo tenía esposa, y que mi profesión eran las armas. Yo mismo le confirmé estos asuntos, después de que se hubiera informado sobre mi persona, y si yo era un *Spahi*, es decir, si yo capitaneaba tropas de infantería o de caballería. También le preguntó al trujimán acerca del lugar en el que yo me había casado; a lo que respondió que lo había hecho en Bagdad. A continuación, se interesó por mi mujer, y como yo le estaba entendiendo perfectamente, le respondí que ella era cristiana, natural de *Mardín*.

Y en particular sobre la Sra. Ma'ani, su país de origen, su religión...

Luego quiso saber a qué *taifa* pertenecía, es decir, a qué nación, familia o raza; aunque no sé exactamente el verdadero significado de la palabra *taifa*; pero al menos creo que, sin desviarme demasiado, puede referirse a uno de los términos que os he señalado. Yo le contesté que mi esposa hablaba la lengua árabe, y que era del pueblo [Siríaco](#). Entonces él me replicó, como persona bien informada que es, que entre los Siríacos hay cristianos árabes

de muchos ritos, y él quería saber a cuál de ellos pertenecía. Le respondí que era caldea, y dije caldea, no tanto porque ese fuese su país, que es propiamente la Mesopotamia, sino porque es así como se llaman los católicos de estas tierras, y los que están bajo la obediencia del Papa; a diferencia de los cismáticos *nestorianos*, *jacobeos* y otros *siríacos* parecidos a estos, que llevan el nombre de su secta, y no el de su patria, aunque todos ellos procedan de las tierras de la vieja Asiria. También le comenté que, aunque en su origen la Señora Ma'ani era de los que llaman *nestorianos*, de la confesión de los *caldeos*, nunca siguió esas doctrinas, o al menos, de haberlo hecho, habría sido por ignorancia a causa de que en su país la habían educado en esas creencias; pero que, en la actualidad, y gracias a Dios, ella no solo era católica, sino que había jurado obediencia a la Iglesia Romana, con gran esperanza de atraer a su seno a otros parientes y amigos suyos. Yo he querido definirla como *siríaca* y *caldea* para respetar el antiguo nombre de su país, y no el de *Nestorius*, cuyas doctrinas la Santa Iglesia ha considerado anatema; también le expliqué que los que siguen a esa secta llevan su nombre por ignorancia, en lugar del de su nación.

*Celo de la Sra.
Ma'ani por la
Religión Católica.*

Entonces el Rey les contó a los que le rodeaban, que el *Papa* era el Rey de los Cristianos, y el Vicario de *Jesucristo*, o del *Mesías*, al que ellos llaman *'Isa el Messih*, por el que profesan una gran veneración; pero luego añadió que muchos cristianos no obedecen al Papa, y que diferían entre ellos por sus creencias; según dijo el Rey, en el mundo había setenta y dos clases de cristianos; una curiosidad yo creo bastante peculiar. Además, les explicó las diferencias entre las religiones que dicen ser la esencia de la fe, como los ayunos, las ceremonias y otras cosas que dependen de las naciones que están bajo su mandato, y que el Rey conoce perfectamente.

*Por qué el Señor
della Valle no dice
que la Sra. Ma'ani
sea Nestoriana.*

También añadió que su *'Ali* era considerando un santo entre nosotros los cristianos, y que era el mismo que el que los españoles llamaban en su lengua *San Iago* [Santiago apóstol], y que pronuncian así por corrupción del lenguaje, y que es el mismo también que otros cristianos reverencian bajo el nombre de *San Giorgio* [San Jorge], y que la espada que los Caballeros de Santiago en España llevan al cuello y sobre la capa representa siempre la victoriosa espada de *'Ali*, que termina en dos puntas, porque de un solo golpe podía herir a dos, y que le profesan gran veneración, y que los que lo llaman *San Giorgio* (San Jorge), lo muestran armado con espada y lanza, afirmando que fue un caballero y un gran capitán muy valiente.

*Supersticiosos
equivocos de los
persas.*

Para defender la verdad, yo le dije que los santos que acababa de mencionar eran tres personas muy distintas las unas de las otras, y que *San Iago* no podía ser *San Giorgio*, porque el primero había sido uno de los doce Apóstoles de Cristo, y le conté sucintamente lo que era esa espada o esa Cruz

que los Caballeros Españoles llevaban como emblema; y que el otro [San Jorge], había sufrido martirio mucho tiempo después; que ambos habían sido cristianos, y que habían vivido mucho antes que *'Ali y Muhammed*, a los que en nuestros santorales nunca se mencionó. Pero el Rey, que andaba con el entendimiento ocupado por numerosas historias, y la relación entre unas y otras, sostuvo firmemente que *'Ali* era venerado bajo esos tres nombres diferentes y que él lo sabía de muy buena tinta.

El Rey se volvió hacia mi trujimán y le preguntó si los *armenios* veneraban a San Jorge, y como los *armenios* le llaman así en su lengua, el pobre hombre, tonto e ignorante como todos los *armenios*, confundió a *San Jorge* con *San Sergio*, por lo parecido de sus nombres y profesión, y porque los armenios a este último lo llaman *Surp Sarkis*, por el que sienten un profundo fervor; aunque unos dicen que llevaba armas, y otros que era compañero de San Jorge. Y después de haber preguntado el Rey lo mismo a algunos de los eunucos de su entorno, de origen *georgiano* y *ircasiano*, le respondieron, en particular *Iusuf Aga*, Capitán de los eunucos, circasiano de nacimiento, que todos ellos sentían por ese santo una gran devoción, y empezó a lanzar muchas exclamaciones acompañadas de algunas plegarias en sordina, como queriendo decir que cómo osábamos decir que esos santos no eran el mismísimo *Mortuza 'Ali*, a la par que hacía visajes en una suerte de exagerado transporte místico, mientras miraba al cielo; en vista de lo cual, muchos creyeron, aunque sin ningún fundamento, que el eunuco había caído en trance; diciendo que todo el mundo, incluso los mismos *ircasianos*, que son unos analfabetos, que viven sin libros y sin ningún conocimiento de la religión, eran seguidores de *'Ali* al que honraban por encima de todo.

El Rey se interesa mucho por estos asuntos.

No sé quién ha podido engañar al Rey diciéndole que *'Ali* era el mismo santo que el Apóstol *Santiago* y *San Jorge*; pero está totalmente convencido de esto, o tal vez puede que no sea así, pero hace como que lo admite para así establecer esta creencia y atraerse a sus súbditos: aunque no sea más que a sus cortesanos, casi todos cristianos de origen georgiano, y circasianos o armenios, que le dan la razón, tanto por ignorancia como por adulación; afirmándole que eso es cierto, sobre todo desde que estos han abrazado la Ley de Mahoma.

Yo, en esta ocasión, me serví de todos mis recursos para apoyar la verdad, pero como no hice progreso alguno, al ver al Rey obcecado en esa creencia, no quise entrar en un combate dialéctico porque para qué hablar inútilmente con gente que no tiene conocimiento alguno de Historia, ni de Cronología; ni de Cosmografía; ni saben ubicar los lugares, y que, por último, imponen, sea como sea, sus opiniones por encima de las de los demás, sin querer hacer reflexión alguna.

*Prudencia del
Señor della Valle.*

Nuestra conversación siguió con una pregunta que me hizo el Rey sobre “si el Embajador de España, que había llegado a su Corte, era un hombre íntegro y honorable”. Yo, os puedo asegurar que, si esa pregunta me la hubiera hecho un Príncipe Cristiano, no habría dudado ni un momento en responderle que “un Gentilhombre como ese no podía serlo de otro modo”. Pero entre los mahometanos, en donde no existe una verdadera nobleza, y que siempre han ignorado nuestra forma de hablar, educada y caballerosa, estoy seguro de que por la experiencia que tengo de sus costumbres, tal respuesta les habría causado muy mala impresión; por lo que me obligué a hablar con toda humildad y educación para conservar el favor de este Rey, para el que todo el mundo es sospechoso; además obré así para no inmiscuirme en los asuntos de otro; y más aún al tratarse de asuntos que no me conciernen; respondiéndole, como hice con toda franqueza, que jamás había tenido relación con él, y que incluso yo creía que nunca lo había visto.

*Buenos
sentimientos del
Rey de Persia.*

También me preguntó el por qué el Rey de España no hacía la guerra al Turco, y yo le respondí que se hacía cuando se podía, que se luchaba continuamente contra el Turco en los mares; que todos los años se capturaban un buen número de barcos; que se saqueaban sus burgos y plazas importantes; que se capturaba gran cantidad de esclavos y todo el botín que se podía conseguir; que se hacía frente a todas las campañas que el Turco emprendía en el mar; algo que el mismo turco no se atrevía a llevar a cabo en nuestras tierras; que con frecuencia les dábamos tal espanto que su armada no aparecía a la vista de la nuestra; y finalmente le dije que no podíamos hacer mucho más ni por tierra, ni por mar. El Rey me respondió que todo eso era poca cosa; nada ventajoso; que lo que había que hacer era tomar Chipre, recuperar Tierra Santa, avanzar sobre el país enemigo, conservar lo conquistado, como él mismo estaba haciendo, y que, si él fuera el Rey de España, o tomaba la ciudad de Jerusalén, o moría en el intento.

*Al Rey le
satisfacen las
respuestas que le
da el Señor della
Valle.*

A eso yo le respondí que no se puede emprender nada más allá de los mares con una fuerza ordinaria y mediocre, a causa de los inconvenientes y penalidades que normalmente acompañan a las largas navegaciones, y de la poca esperanza que hay de recibir ayuda en un país tan alejado del Poniente; por la multitud de enemigos que habría que luchar al pasar por sus dominios, y muchas otras razones de importancia que le expuse. Aparte de que no era fácil para el Rey de España reclutar la cantidad de tropas necesaria para emprender una empresa de tal envergadura; porque, aunque el Rey español era muy poderoso, y su Reino muy extenso, con sus estados no fronterizos entre sí, rodeado de enemigos con los que a veces tenía que enfrentarse para oponerse a su violencia e impedir que ésta fuese a mayores; pues por todo ello jamás habría podido sin peligro reclutar tropas en sus dominios para conducirlos a territorios tan lejanos; aparte de que en nuestras tierras el Rey

no era ni actuaba como en Oriente, en donde el Rey es el Señor absoluto de todo lo que ha sometido, y en donde todos sus súbditos están bajo su tutela y viven a sus expensas, con lo que todos ellos no pueden dejar de servirle y coger las armas a la más mínima señal que éste les dé; luchando ciegamente allá donde los intereses de su Príncipe les reclame. Le expliqué que nuestros Reyes poseían grandes dominios que les pertenecían, pero que sus vasallos también poseían, en paz y sin protestas por parte del Rey, una gran parte de las tierras del Imperio, y que de ese modo, al ser independientes, no podía obligarles a tomar las armas a menos que fuera el Rey quien pagara las soldadas, o bien que estos lo hicieran voluntariamente y por su propia decisión; y que entre nosotros, estos últimos eran muy pocos, por lo que no era nada fácil reclutar en nuestras tierras una tropa tan numerosa como necesaria para empresas tan importantes como ésa, y en países tan lejanos y allende los mares. Además que sería imposible que una armada, compuesta por tantos miles de hombres, como en una ocasión así se necesitarían, hiciera sin fatiga un trayecto tan largo, en particular por los pocos soldados que puede transportar cada navío, y que nunca se encontrarían los suficientes barcos como para facilitar un pasaje de tal cantidad de hombres, sin los que sería inútil querer combatir al Turco en su propio terreno, sobre todo en Asia, en donde es casi invencible, Esta respuesta no le gustó al Rey, y al mismo tiempo, según su costumbre, se la tradujo a los que le rodeaban.

Su curiosidad le llevó aún a preguntarme cómo se llamaban los enemigos cuyas tierras estaban próximas a las del Rey de España, y antes de que yo hablase, él mismo me nombró a los luteranos. Yo le dije que estaba perfectamente informado, y que España y Flandes, tanto por tierra como por mar tenía a los luteranos, y a otros vecinos también sospechosos, y que España estaba amenazada por los Moros de África. Entonces el Rey quiso saber quiénes eran esos otros de los que ellos tenían información; que por todas partes los turcos y los moros ocupaban las fronteras de los Estados italianos, y que las dos Indias también estaban rodeadas por mil y una amenazas; pero el Rey dijo que no merecía la pena preocuparse por estos últimos, ya que los indios negros, como él los llamaba, no saben hacer la guerra. En efecto, él tenía razón con respecto a los Orientales, por sus escrúpulos de no matar, no solo a hombres, sino incluso a pollos, pulgas u otros insectos; de ahí que, como leemos en nuestra Historia, les resultara tan fácil a los portugueses hacer muchos progresos en esas tierras.

El Rey de Persia no ignora nada de lo que sucede en los otros Reinos.

El Rey añadió que no hay que escatimar la plata, sino distribuirla con profusión en interés de la guerra y de la fe, y que para hacerlo bien, el Rey de España debería reunir todas sus fuerzas para ir contra un enemigo y contra otro, y poco a poco deshacerse de todos ellos, exterminando primero a los más cercanos, o por así decir, a los vecinos; porque era poco razonable querer

combatir contra enemigos tan alejados, sin haber asegurado primero el propio país, y que en Persia, también rodeada de infinidad de diferentes enemigos, él lo estaba haciendo de esa manera.

Le respondí que tal empresa era posible en Persia, porque el país está unido y van todos juntos, y que quedándose en medio con un poderoso ejército, podría ir adonde deseara con toda facilidad; mantener a sus vecinos sin aliento, y hacerse temer por todos ellos; pero que el Rey de España no gozaba de esa ventaja en su Reino, porque como yo había dicho todos sus Estados estaban alejados unos de otros, y no se podía pensar, o al menos era muy poco seguro, en llegar a ellos o llevar tropas, sin atravesar tierras enemigas.

Buena política del Rey de Persia que debería servir lección a todos los Soberanos.

Entonces el Rey adujo que esas razones no eran suficientes para impedir presentar batalla; que lo que hacía falta era que el Rey fuese un buen soldado, y que apareciera en persona a la cabeza de sus tropas, pues de ese modo no hallaría dificultad que no se pudiese solventar fácilmente, y que así todas las empresas que emprendiera tendrían éxito; que un Rey jamás debía delegar enteramente en sus visires, o en ministros; que el Príncipe sería un desgraciado si abandonara en esas manos el gobierno de su Reino, porque de ordinario tales gentes son interesadas y solo piensan en acumular grandes riquezas, ser más poderosos y gozar de los placeres de la vida, sin ocuparse debidamente de los asuntos de sus Señores; finalmente el Rey concluyó diciendo que había que hacer como él hacía, ocuparse personalmente de estos asuntos, y que lo que él perseguía era, o perder la vida, o vencer a sus enemigos, sometiéndolos a sus leyes...”



Próxima entrega

CARTA XXII DESDE FERHABAD

II.22.32 - “De los amores del Rey Abbás”

